

JOHN KENNETH GALBRAITH

EUROPA PRESS

"El triunfo"

por John Kenneth Galbraith

2

LA CAIDA DE MARTINEZ

En Flores, capital de Puerto Santos, país imaginario de América Latina, estalla una revolución: Luis Miguel Martínez, dictador fascista y ladrón, al que financian y sostienen los americanos, se encuentra seriamente amenazado por los partidarios de José María Miró y por algunos elementos del ejército. Miró, al que Martínez acusa de comunista y de tener por cómplice a un cierto Aragón, sin nombre conocido y notoriamente trotskista, no es en realidad más que un oficial ambicioso, pero bastante liberal. Confiando en

los informes de Pethwick, embajador en Puerto Santos, que, como él, ve comunistas por todas partes, Grant Worthing Campbell, secretario de Estado para los Asuntos Interamericanos, se ha convencido y ha convencido al presidente de que el interés y el deber de los Estados Unidos era apoyar a Martínez, al cual han sido dirigidos un mensaje de aliento y una promesa de ayuda material.

La dictadura de Martínez había nacido a raíz de una borrachera que duró toda la noche...

CORRIA el año 1932, el peor de la Gran Depresión. Puerto Santos estaba gobernado en aquella época por un abogado llamado Roberto Pagal, que había sido elegido hacía poco, en una elección casi regular. Hombre ideal para aquel puesto, aunque sin ningún talento, Pagal había debido hacer frente a una situación económica que habría desanimado incluso a un genio de la política. Las rentas proporcionadas por las centrales azucareras, que en aquel momento cubrían amplias extensiones de las tierras bajas, se habían convertido prácticamente en nada. Los precios de aquel excelente café, que evoca siempre para los americanos los desayunos en París y que se cultiva en las grandes fincas de la alta meseta, seguían siendo más o menos aceptables gracias únicamente a que el Brasil privaba al mercado mundial de casi toda su producción propia. El ganado no se vendía en absoluto. En las carnicerías de Flores podían comprarse filetes por cantidades irrisorias, pero, a pesar de todo, eran muy pocos los que podían permitírselo. La ira no bastaba para sacar a los parados de Flores de su apatía; sólo el hambre les impulsaba a manifestarse de vez en cuando, reclamando pan y arroz (...).

Borrachos aún, después de una noche de juerga, el comandante Luis Miguel Martínez, de treinta años, y nueve de sus camaradas se dirigieron a palacio, donde uno de ellos, jefe de la guardia, ordenó a sus hombres que no permitieran entrar o salir a nadie. Luego fueron al puesto de guardia a coger fusiles, detuvieron al presidente Pagal, que estaba desayunando, y le obligaron a redactar su dimisión «en interés de la ley, del orden, de la estabilidad de la moneda, de la defensa de la República, de un salario mínimo para los trabajadores, de empleo para los parados, de la justicia para quienes reclaman tierras y del reconocimiento absoluto del derecho de propiedad».

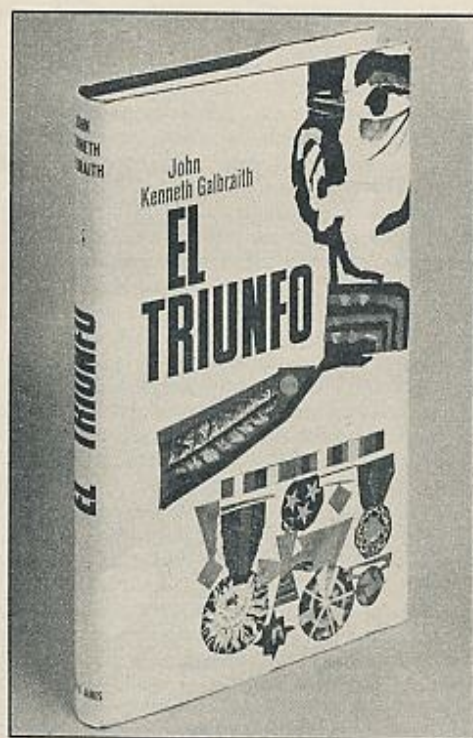
Más inteligente que los demás, y quizá también menos borracho que sus compañeros, el comandante Martínez fue quien llevó el grandioso texto a la estación de radio, donde él mismo lo leyó para edificación de los oyentes. Al final de la declaración tuvo la feliz idea de designarse a sí mismo como sucesor provisional, anunciando la suspensión de la constitución, la disolución del parlamento y avisando de que toda resistencia, viniera de donde viniera, sería reprimida vigorosamente.

Aquel mismo día, por la tarde, nombró al jefe de la guardia de palacio ministro de la Defensa y comandante en jefe segundo del ejército, reservando para sí el mando supremo y advirtiéndole a su amigo de que toda falta de lealtad o toda ambición desplazada le costarían muy caras. Le habló en particular de sus padres, de su bella esposa, de sus dos hijos y de sus considerables bienes. Al día siguiente, el embajador americano fue a visitarle. El presidente provisional, ya completamente repuesto de su borrachera, causó excelente impresión al diplomático, a quien afirmó que no estaba dispuesto a tolerar las tendencias izquierdistas que se habían abierto camino bajo la precedente administración. De todos modos, consideraba su instalación en el poder como un fenómeno temporal y organizaría elecciones en cuanto la sedición hubiera sido reprimida y la prosperidad hubiera vuelto. Unos días más tarde, el secretario de Estado, Stimson, hizo saber que los Estados Unidos reconocían al nuevo régimen, y el presidente Hoover envió un mensaje en el que expresaba su confianza en la nueva administración Martínez, añadiendo que, personalmente, estaba convencido de que la prosperidad no podía tardar en llegar. El embajador americano recibió orden de que, cuando entregara el mensaje, pusiera privadamente al presidente en guardia contra cualquier experiencia económica demasiado audaz o excesivamente nueva.

Comenzaron entonces los años de gloria. Los precios subieron progresivamente, y, como consecuencia, los ingresos del Estado, es decir, las sumas disponibles para los siempre considerables gastos del dictador. Gracias a la segunda guerra mundial, las entradas de dinero se hicieron torrenciales. Y Washington, en lucha abierta contra las grandes dictaduras de Alemania, de Italia y del Japón, se mostró singularmente benevolente respecto de las pequeñas dictaduras de los países vecinos. La nueva constitución dictada por Martínez no excluía una reelección del presidente; al contrario, e incluso si el autor del texto se hubiera atrevido a ello, habría podido recomendar la reelección. De modo que Martínez fue regularmente reelegido, sin oposición, cada cuatro años (...).

EL TRIUNFO

John Kenneth Galbraith



Una deliciosa sátira de la diplomacia norteamericana, por el célebre economista y ex embajador de los Estados Unidos.



Colección "Novelistas del Día" (175 pesetas ejemplar).



PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES

Hubo muchas otras reuniones nocturnas como las de antaño, pero en la actualidad algunas de ellas tenían una finalidad práctica: distraer a los parlamentarios americanos de visita en el país.

Al presidente Martínez le gustaban estas alegres reuniones, sin que ello le hiciera olvidar su aspecto utilitario. Llegó un día en que un enorme parlamentario que participaba en una de aquellas reuniones aceptó, sin hacerse rogar, subir a ver a dos complacientes muchachas que estaban de servicio en uno de los pisos del palacio presidencial. Cuando le llegó la hora de volver al hotel no pudo encontrar ni el pantalón ni los calzoncillos. Todo el mundo quería sacarle del apuro, pero, desgraciadamente, la superficie de carne masculina que había que cubrir era de tal extensión que ningún albornoz, ningún abrigo servían para el caso. Mientras se examinaba la situación en todos sus aspectos y en dos idiomas por parte de un grupo de lo más heterogéneo, el parlamentario se percató de que, a través de la barandilla de un balcón, la escena estaba siendo filmada. La existencia del film y el temor a que fuera exhibido durante una campaña electoral difícil, aunque no fuera más que a un puñado de electores incultos, tuvo un efecto decisivo sobre su carrera. Hasta entonces había defendido los intereses de su provincia e incluso predicado el secesionismo; después demostró una mentalidad mucho más abierta. Incluso podría decirse que el presidente Martínez no tuvo en adelante partidario más elocuente y más pronto a apoyarle en Washington (...).

Durante los años prósperos de la segunda guerra mundial, el dinero entró a chorros en las cajas del Estado, así como en el peculio personal de Martínez. Las ventajas de una dictadura consisten en que uno puede enriquecerse de mil maneras y fijar, al mismo tiempo, el precio de lo que compra (...).

He aquí cómo:

—Pero, señor, usted no puede ignorar la ley que le obliga a proporcionar ocho metros cuadrados de vivienda habitable a cada uno de sus obreros.

—No me haga usted reír. Eso sería mi ruina.

—Tampoco puede decirse que sea mucho para un trabajador. Tiene que disponer, además, de una ducha y de un W. C.

—Eso es imposible. Es un chantaje.

—En caso de infracción de esta ley hay que pagar una multa más bien elevada, señor. Tendríamos que ocuparnos también de sus atrasos en materia de impuestos. Pagar los impuestos es, a la vez, deber y privilegio del buen ciudadano. Está escrito en el código.

—Usted lo que quiere es arruinarme.

—Quizá pudiera usted vender parte de sus acciones mientras...

Entre los años 1940 y 1960, todos los mejores campos de caña de azúcar pasaron de este modo a manos de la familia Martínez, así como los cinco molinos donde toda la caña de azúcar es molida. Lo mismo ocurrió con las mejores fincas de café. Los mayores pastos fueron comprados por agentes del presidente, así como las canteras de bauxita, cuya concesión garantizaron los canadienses. La familia Martínez acabó por poseer la fábrica de cemento, innumerables terrenos de la ciudad baja, tanto en Flores como en Puerto Santos, la mayor compañía de transportes por carretera, las líneas de autobuses, parte de los transportes aéreos y, gracias a toda una serie de apañes, la entrada franca de una veintena de las mejores marcas de automóviles —americanos y europeos—, de camiones, de cigarrillos, de whisky, de películas fotográficas, de tejidos, de coca-cola, de los aparatos de radio, de especialidades farmacéuticas, de materiales de construcción. No quedaba gran cosa (...). Al hacer así su fortuna, el presidente Martínez se había inspirado, en gran parte, en dos de sus contemporáneos: Trujillo y Somoza. Pero por hábiles y avariciosos que fuesen aquellos dos dictadores, Martínez, en lo que se refiere a la adquisición de valores seguros, habría podido darles lecciones. Ahora bien, de modo inesperado y bastante insólito, fue precisamente su fortuna la que ocasionó la caída de Martínez.

L

A discusión en la Casa Blanca se centró, en primer lugar, sobre lo que convendría hacer si Martínez sucumbía y si los comunistas intentaban tomar el poder. Luego, y partiendo de la suposición históricamente más favorable, se había estudiado el modo cómo podría salvarse a Martínez. Como el jefe de los Estados Mayores Interarmas seguía de jira de inspección en un lejano sector del peri-

LA CAIDA DE MARTINEZ

metro de defensa de la nación, fue su sustituto, un general fanático del lenguaje profesional, quien definió la posición de los militares:

—Si el tipo ése tiene dificultades, y si es de los nuestros, mi opinión es que le proporcionemos toda la ayuda necesaria para que salga de apuros. O eso, o nada.

El presidente había escuchado gravemente, haciendo claros gestos de aprobación. Pero, tomando el aspecto de quien sabe que su función consiste en dejar de lado las soluciones directas y lógicas, dijo:

—No creo que las cosas estén tan mal.

A lo que el general sonrió amablemente, ya que en ningún momento había pensado que se fueran a tener en cuenta sus consejos. Lo divertido era darlos.

Las cosas fueron peor para el equipo de la Casa Blanca. Aquellos jóvenes querían saber si Martínez merecía ser salvado. Se trataba de un dictador. Tenía a su propio pueblo en contra. Era odiado en todos los demás países de Latinoamérica. Iba muy atrasado en materia de reformas económicas. Ahora bien, la Alianza para el Progreso había prometido a las poblaciones un gobierno democrático y mejores condiciones de vida, y Martínez no se preocupaba más que de las condiciones de vida de Martínez. En suma, todo estaba en contra suya. Estas críticas llegaban en retazos al presidente, y eran discutidas ampliamente entre sus consejeros. No se trataba más que de una resistencia de pura forma, pero, en cualquier caso, había que combatirla. Worth Campbell la combatió, como ya lo había hecho ante la comisión de Asuntos Exteriores que aquella misma tarde se había reunido en su despacho.

No negaba los hechos, e incluso los deploraba, como todo el mundo; pero insistió en la desoladora superioridad operacional del demonio al que no nombraré. Martínez gobernaba el país desde hacía tiempo. ¿No podía dejarsele gobernar un poco más antes que arriesgarse a apoyar a un desconocido peligroso? El presidente seguramente no querría permitir que se instalase una nueva dictadura comunista, un nuevo Castro en aquella porción del mundo. El y el ministro de Asuntos Exteriores tenían el deber, pasara lo que pasara, de proteger al presidente.

Worth Campbell se dio el gustazo de declarar aquello en presencia del equipo presidencial, pero se guardó mucho de dejarlo ver. Por fin se habían adoptado los planes establecidos por la tarde, durante la reunión celebrada en el despacho de Campbell, aunque los créditos por él solicitados se habían reducido un poco. El presidente abandonó la sala después de señalar que las crisis que surgían en la política exterior parecían resolverse todas del mismo modo: por medio de una enérgica carta acompañada de un comfortable cheque. Los asistentes acogieron esta observación con risas.

La redacción propiamente dicha de la carta resultó mucho menos cómoda. Worth Campbell debía buena parte de su éxito en la jungla burocrática a la habilidad con la que se hacía tranquilamente cargo de las cosas cuando se llegaba al estadio de la redacción. Pero su antiguo adjunto tampoco era manco y tenía a su favor el antiguo protocolo de Washington, que confía la redacción de las cartas presidenciales no al más preparado o al más experimentado de los funcionarios presentes en un consejo, sino al primer jefe de gabinete que se halle por allí. Ahora bien, el que allí estaba tenía gran interés en introducir en la carta una fórmula preconizando la liberalización del régimen Martínez: reforma agraria, elecciones, rápido juicio de los acusados detenidos por delitos políticos, e incluso quizá órdenes destinadas a que la policía moderase su acción. Hubo que luchar largamente para hacer que todos aquellos pasajes desaparecieran. Por útiles que aquellos consejos hubieran resultado en un discurso, por importante que pudiera resultar aquella declaración de principios hecha por la Organización de Estados Americanos, se trataba de cosas que no quedan bien en una carta de apoyo. La carta estaba destinada, ante todo, a lograr un resultado práctico. Toda observación accesoria podía atenuar su efecto.

El general rompió un prolongado silencio para aportar su apoyo a Worth Campbell.

—Cuando ordeno a mis hombres que se lancen al tumulto y peguen duro no se me ocurre fijarme en su atuendo —dijo.

Por fin se llegó a un acuerdo sobre los términos de una carta más bien firme y razonable. Worth Campbell y el ministro abandonaron pronto la sala, pasaron ante el despacho del agente del servicio secreto que vigilaba la puerta del sótano y se encontraron en la West Executive Avenue antes que los demás. Eran cerca de las once. Al mismo tiempo, en otros lugares del mundo, los acontecimientos seguían su curso, a veces en un sentido muy opuesto al que quería imponerse en la capital del mundo libre.

B

ILL O'Donnell, funcionario; Symes Jones, subsecretario adjunto para Asuntos Interamericanos, y un joven bien puesto, al que Worth no identificó inmediatamente, le esperaban en la antesala de su despacho. —¿No ha habido telegrama de Pethwick?

—preguntó Campbell nada más verlos.

—Sólo un acuse de recibo de su último mensaje, en el que decía usted que mañana tendría algo para él —respondió Bill O'Donnell—. Por otra parte, la CIA ha recibido un breve comunicado del tipo al que acaban de enviar allí, diciendo que los disparos parecen haber cesado completamente y que la ciudad está bastante tranquila. Supongo que ahora debe andar por los barrios bajos, intentando averiguar qué pasa. ¿Qué tal ha ido la conferencia?

—Bueno, hemos tomado un montón de decisiones —dijo el subsecretario arrojando sobre la mesa el gran sobre amarillo que llevaba—. Poco más o menos, lo previsto, salvo algún detalle: diez millones para un nuevo apoyo financiero. «Dito» para un nuevo envío de armas: fusiles, material antimotines, municiones, viveres. Consejeros militares. Formación acelerada de sus soldados para la represión de sus motines. Algunos helicópteros para facilitar las comunicaciones. Carta enérgica del presidente a Martínez, en la que se compromete personalmente a apoyarle. El Pentágono está preparando un nuevo plan de urgencia.

—¿Cuál ha sido, según usted, la reacción del presidente, en términos generales? —preguntó Symes Jones, que intentaba utilizar un vocabulario profesional preciso.

—No diría que este asunto le ha agradado mucho...

—¿En qué se basaban, en su opinión, las principales reticencias?

—En el dinero. El dinero. Por otra parte, su camarilla le había hecho un retrato bastante siniestro de Martínez, por otra parte seguramente muy parecido. Además, naturalmente, quería saber por qué no habíamos previsto esta explosión. Yo le dije que usted sí la había previsto, Bill.

El subsecretario llevaba demasiado tiempo en funciones como para arredrarse ante una pequeña mentira, que además era imposible confirmar. El presidente le había dicho al ministro:

—Parece que estas cosas le cogen siempre desprevenido.

Y el ministro había transmitido esta crítica a Campbell. Pero igual podía referirse al director de la CIA, que estaba allí al principio de la sesión. Sin embargo, el amable director, retirado de una firma de publicidad, que se consideraba que dirigía aquel organismo, no había pensado ni por un instante que podía estar en entredicho, y se había vuelto interesado hacia Campbell para ver cómo reaccionaba.

—La verdad me obliga a decir, señor presidente, que no nos habíamos dado cuenta de que había peligro por ese lado hasta que los desórdenes estallaron la semana pasada. No es la primera vez que Martínez está en apuros. Pero esta vez las cosas parecen más serias. Como la Información en Puerto Santos no era muy activa, nuestros agentes no han comenzado a olfatear un peligro inmediato hasta ayer.

Esta respuesta no había hecho oficialmente justicia a las advertencias dadas espontáneamente por O'Donnell durante una reunión de trabajo que se había celebrado cinco días antes.

—El viejo imbécil, esta vez, se va a dar el trastazo en serio —había dicho.

Cuando Campbell observó que la Información apenas se ocupaba de Puerto Santos, no había tenido lo suficientemente en cuenta los arreglos privados que, de acuerdo con una de las más antiguas tradiciones de Asuntos Exteriores, había concluido O'Donnell con Joe Hurd, y gracias a los cuales éste tenía a O'Donnell al corriente de lo que ocurría por carta.

La mayoría de las veces las cartas llegan bastante rápidamente y tienen la ventaja de no pasar por la criba oficial, en este caso particular por la del embajador Pethwick. Worth Campbell ya se había imaginado que la declaración categórica de O'Donnell se basaba en un tipo de información de esa especie; pero aludir a un procedimiento tan ilícito era en algún modo sancionarlo favorablemente, y Campbell, como casi todos los administradores con espaldas, creía en la virtud de las vías legales.

—Lo que no entiendo bien —dijo Symes Jones— es la alusión a un nuevo plan de urgencia.

—Los de aviación han traído esta tarde, durante la sesión, una nota diciendo que si había una simple apariencia de impulso comunista las carreteras y demás vías de comunicación utilizadas por los asaltantes serían bombardeadas por la aviación. El Estado Mayor Inter-

un
«supercoche»
se
atreve
hasta
a esquiar



Estaríamos listos si su «supercoche» sólo sirviese para ir por «carreteritas» soleadas y caldeadas...

Usted tiene un «supercoche», un auto de **serie normal** pero que le ha salido veloz y poderoso ¡mejor!

Y teniendo un coche así, casi casi podría esquiar; bueno, lo que se dice esquiar... ¡no!, pero... sí enfrentarse con la nieve o el frío intenso.

Pero... (sólo hay un «pero») ¿y si su auto se «congela»? ¡Usted tiene que impedirlo! ¡Usted tiene que recurrir a los EXTRAS OCULTOS!

Un «supercoche» tiene que proveerse de todos aquellos Extras Ocultos KRAFFT que «inmunicen» a su auto:

- **Auto - Electric** KRAFFT, que facilita el buen funcionamiento de equipos eléctricos.
- **Auto-arranque** KRAFFT, para arrancar instantáneamente.
- **Cadena Líquida** KRAFFT, para evitar los deslizamientos o atascos en la nieve o hielo.
- **Desincrustante de radiador** KRAFFT, para limpiar el sistema de refrigeración.
- **Recubrimiento de bajos** KRAFFT, para proteger los «golpes bajos».
- **Anticongelante** KRAFFT, para todo tipo de radiador.
- **Cristalux Anticongelante**, para impedir la formación de hielo en el parabrisas.
- **Ever-lux**, el perfecto antivaho.

Los EXTRAS OCULTOS KRAFFT, le permitirán atreverse a las más **frías** aventuras.

Si desea controlar la vida de su «supercoche» solicítenos gratuitamente la Agenda KRAFFT para el automóvil.

Krafft[®] los «extras ocultos» para «supercoches»

LA CAIDA DE MARTINEZ

armas estaba provisionalmente de acuerdo. Así es que se ha decidido revisar el plan.

—Los de aviación no saben lo que dicen —añadió O'Donnell—. ¿Cómo diablos van a distinguir, desde arriba, a un cerdo de revolucionario de un condenado no-comunista?

—La aviación —respondió el subsecretario, con tono un tanto seco— ha revisado su plan de acción en vistas a la lucha antirrevolucionaria. Admite que los bombardeos tienen a veces efectos lamentables, y que estaría bien combinar, según la doctrina de Rostow, la acción de los bombarderos con un serio esfuerzo por conquistar el espíritu y el corazón de la población.

Dicho esto, Campbell se calmó bruscamente. No era el momento de abrir una larga discusión.

E

XCELENCIA, necesito absolutamente hablar con usted.

Estas palabras, precedidas por unas insistentes llamadas a la puerta de María, la amante del presidente Martínez, hicieron sobresaltarse a éste. Miró a María, que

dormía respirando ruidosamente. Desde hacía algún tiempo bebía un poco de más, pero seguía siendo una valiente y leal criatura. Su presencia le reconfortaba. Se puso los zapatos y cogió la guerrera.

—Excelencia, Excelencia...

La voz ronca del general Pérez, comandante en jefe del ejército de Puerto Santos, dejaba traslucir, además de su inquietud, un ápice de impaciencia. El presidente se abotonó el cuello de la guerrera y pasó a la habitación vecina, rodeó la mesa de la cena, aún sin retirar, y fue a abrir la puerta.

—Excelencia, me temo que no tengamos un minuto que perder. Los hombres de Miró van a llegar de un momento a otro.

—¿Qué han hecho los soldados?

—Se ha llegado a un acuerdo. Por eso, los tiros hace una hora que han cesado. Y temo que una de las cláusulas del acuerdo consista en revelar su paradero.

El presidente no contestó. Había sentido la llegada de este momento. En último término, el propio acontecimiento se le antojaba menos penoso que su anticipación.

—Me iré a la Argentina.

—Es imposible, Excelencia. No puede correr el riesgo de circular en coche. No veo otra solución que la embajada de Paraguay. Nos bastaría con salir por la puerta trasera y llegar a su jardín.

—Ese tipo es un cerdo.

—Ya lo sé. Pero no podemos hacer otra cosa.

Al ver que el presidente estiraba los faldones de su guerrera, Pérez le dijo:

—Creo, Excelencia, que no debería usted salir en uniforme. ¿Tiene dinero?

—Sí. Tengo dinero.

Los dos hombres, de la misma edad e igualmente gordos, atravesaron una serie de estancias vacías. Sobre la mesa de despacho había quedado un cigarrillo a medio quemar. Ya no había nadie. Los dos hombres atravesaron la cocina, pasaron al jardín y franquearon una pequeña verja que daba a un paseo polvoriento. Ante ellos saltó un animalillo espantado. Los centinelas, que deberían guardar las salidas, habían desaparecido. Los dos hombres penetraron en el jardincillo de una casa, cuyas paredes leprosas y aspecto vetusto llamaban la atención, incluso con aquella débil iluminación. Llamaron, y pronto oyeron el ruido del pestillo.

—Excelencia, tendrá que perdonarme, pero voy a dejarle aquí. Me debo a mi país. Además, quizá haya ya demasiada gente aquí. Las embajadas han estado hoy muy solicitadas. Y parece que en el Paraguay no tienen más que una cama.

La puerta se abrió. Una vez, inspirándose en una fórmula de moda, el presidente había definido su época como la era Martínez. Pero el país era demasiado pequeño para una expresión tan pomposa, y, en consecuencia, aquella no había cuajado más que entre los aduladores más descarados de Martínez. En cualquier caso, se llamase como se llamase al régimen, acababa de terminar. A las diez horas cuarenta y cuatro minutos. Sin embargo, el pensamiento del dictador estaba en otra parte. La palabra «cama», pronunciada por Pérez, acababa de recordarle que se había olvidado de advertir a la fiel María de que se iba.

EN AMPOLLAS!! LA BELLEZA DE HOY



En ampollas, una línea de belleza completa, simple, eficaz, duradera. La suya, a partir de este instante.



V. rejuvenecimiento de rostro y cuello (rostros fatigados)

S. fortalecimiento del busto

D. desarrollo del busto

J. descanso, relax, modelado de las piernas

LANCASTER

ARRÊTE LA MARCHÉ DU TEMPS



Me han nombrado seleccionador nacional de jóvenes elegantes. Éste es uno de los elegidos. Él se ha unido al equipo de TERLENKA YOUNG. Viste prendas de última novedad y de un diseño avanzado.

TERLENKA YOUNG es una selección de tejidos y confección en el marco de una moda joven. Únase a nuestro equipo y grite...



AMERICANAS **Terlenka**®

YOUNG

© Marca registrada por LA SIDA DE BARCELONA, S. A. para los artículos fabricados a base de su fibra sintética y homóloga según normas internacionales de calidad. Impulsor de la mujer AY-0-69

LA CAIDA DE MARTINEZ

A

QUELLA noche, en Flores, aparte algunas pandillas de jóvenes que recorrían las calles con la esperanza de que quedase algo por demoler, el único islote de vida estaba constituido por el Club de los Santos. A la misma hora, en Washington, la Casa Blanca permanecía sombría y silenciosa. La entrada principal del Departamento de Estado estaba guardada por un único plantón soñoliento, que tenía a mano un registro en el que habían sido anotadas las últimas salidas, cada vez más escasas a medida que la noche avanzaba. En diversos lugares del edificio las mujeres de la limpieza habían encendido la luz y empujaban sus aspiradoras a través de las antenasas sonoras y las oficinas vacías. Con excepción de un punto aislado, todo el mundo se había ido.

Ese punto aislado era el centro de comunicación del Departamento de Estado. Funcionaba a pleno rendimiento, con una iluminación dura y brillante. Los mensajes que se recibían a aquella hora formarían el meollo del trabajo del día siguiente: hablaban de perspectivas de guerra y de paz, de los progresos de la libertad, de las amenazas de revolución, de las mejoras o degradaciones de la situación económica, de la necesidad de tomar decisiones. Se trataba, con frecuencia, de peticiones de autorización para un viaje, de muebles nuevos o de protección contra los inoportunos, todo ello llegado en masa de las cuatro esquinas del mundo, donde América tiene instalados sus servicios. Los empleados de este centro, con sus aparatos múltiples y crepitantes, no son indiferentes, ni mucho menos, a la importancia considerable y a veces aplastante de las palabras que pasan entre sus manos. Si por azar el texto que reciben lleva implícita una amenaza de guerra, ellos comprenderán su alcance antes que nadie. Pero, exceptuando la atención que se presta a la mención «prioridad absoluta», que obligaría al agente responsable a informar de su llegada al subsecretario de Estado, Grant Worthing Campbell, y a hacer llevar el texto a su casa en mano, un telegrama que llegara a semejante hora de Flores, Puerto Santos, no provocaría gran interés en estos ciudadanos, admirable pero muy confidencialmente informados. Los mensajes de Pethwick están en clave y deben ser descifrados. Pero, además de la cifra, se precisa un arte sutil para averiguar lo que quiere decir un mensaje de Pethwick.

SECRETO

Distribución limitada

Urgente

Flores, P. S.

MINISTRO AA. EE.

WASHINGTON

EN ESTADO CONSTATAR NITIDO DETERIORO SITUACION AQUI. EN TODO CASO MUY CONFUSA. VISITADO MARTINEZ, SEGUN CITA FIJADA, VEINTITRES HORAS, HORA FLORES, ESTA NOCHE PARA ADVERTIRLE SU SEGURIDAD GRAVEMENTE AMENAZADA. NINGUN RUMOR, NO PRESENTE CITA. MIEMBROS PERSONAL HABITUALES TODOS AUSENTES. VISTA EXTREMA CONFUSION EN PALACIO HE SIDO INCAPAZ OBTENER INFORMES SOBRE PARADERO PRESIDENTE O RAZON AUSENCIA CITA CONVENIDA. HE ENCONTRADO AL SALIR AUTO RESIDENCIA RODEADA JOVENES GAMBERROS ARRANCANDO BANDERIN EMBAJADOR; TIRAR PIEDRAS, TOMATES, GOLPEAR COCHE CON BOTELLAS CERVEZA. NINGUNA FUERZA POLICIA, ALGUNOS SOLDADOS SUBLEVADOS. PINTURA COCHE, ACCESORIOS, TECHO ESTROPEADOS. CREO REPARACIONES POSIBLES SOBRE TERRENO. PROTESTARE VIOLENTAMENTE PRIMERA HORA MAÑANA. PARO DISPAROS DESDE NOCHE PUEDE SIGNIFICAR TROPAS FIELES HAN TOMADO RIENDAS SITUACION, PERO ACONTECIMIENTOS DESAGRADABLES SIGUEN AUN SIENDO POSIBLES. OPINO INCIDENTE AUTO SIGNIFICA INSEGURIDAD CRECIENTE, LUEGO URGENTE NECESIDAD PLAN DE ACCION APOYO MARTINEZ TAN PRONTO POSIBLE. SIGO CONTACTO ESTRECHO.

PETHWICK

Copyright 1968 by John Kenneth Galbraith.

Copyright 1969, Plaza & Janés, S. A., editores.

Próximo capítulo: LA VUELTA DE MARTINEZ